CAPÍTULO XXVI. *De los primeros religiosos de la orden del glorioso padre San Agustín que fundaron su religión en esta Nueva España*

O ES DIOS DE CONDICIÓN QUE, CUANDO COMIENZA algún sumtuoso edificio en su santa iglesia, se contenta con sólo comenzar a desmontar el lugar donde ha de fundarlo y abrir zanjas para sus cimientos, sino que tras desto pone las piedras fundamentales y prosigue su obra hasta ponerla en la perfección que pide, porque lo contrario es reprehensión suya, según lo que en el santo evangelio dice de la risa y mofa a que provoca el que comienza a edificar y no puede acabar el edificio comenzado. Siendo, pues, este artífice soberano tan próvido y cuidadoso en disponerlo todo, usó deste su celestial cuidado en el templo evangélico que plantó y edificó en esta tierra indiana, donde para piedras fundamentales y primeras escogió a los frailes de San Francisco; y puestas en el fundamento les dio por acompañados a los del esclarecido patriarca Santo Domingo, el año de veinte y seis (como hemos dicho), y porque la obra creciese y tuviese el debido fin que pretendía, trajo para su acrecentamiento religiosos del excelentísimo doctor de la iglesia San Agustín; los cuales, por ser tales, merecieron nombre de piedras fundamentales desta milagrosa y evangélica casa, porque para tan grandiosa obra hubiese materiales suficientes.

Estos padres vinieron el año de mil y quinientos y treinta y tres, diez años después que los de mi padre San Francisco entraron en ella, pasados ocho que los del padre Santo Domingo habían venido. Trajeron por prelado y superior al padre fray Francisco de la Cruz, que por su mucha santidad y virtud le llamaron en su orden, el venerable; fue varón de grande devoción y continua oración y fervor de espíritu y de muy grande humildad; trajo seis compañeros, llamados fray Agustín de la Coruña, que después fue obispo de Popayan, en el Pirú; fray Gerónimo Ximénez de San Esteban, que floreció con grande ejemplo y santidad de vida; fray Juan de San Román; fray Juan de Osseguera; fray Jorge de Ávila y fray Alonso de Soria, varón de mucha doctrina y ejemplo.

Llegados (pues) estos siete padres a la ciudad, estuvieron en el convento de Santo Domingo cuarenta días, donde fueron hospedados y tratados con mucha caridad y regalo; pero como la causa que los traía no era a ser huéspedes de otros, sino a ser ministros evangélicos, ayudadores en esta obra de la conversión, parecióles que para hospicio bastaban aquellos pocos días, y así buscaron casa, la cual hallaron prestada en la calle que llaman de Tlacupa, donde estuvieron algunos días, disponiendo su espíritu para consagrarse a Dios y buscando sitio donde hacer asiento y morada; parecióles bien el que ahora tienen, y con limosnas que juntaron en la ciudad lo compraron, pero por ser algo bajo el suelo (como Mexico está fundado sobre agua y cieno) se les ha hundido por veces lo que tenían curiosa y costosamente edificado; cosa de grandísima lástima de que a todos nos cabe parte,

porque Santo Domingo y San Francisco no han padecido menos ruina y desventura; mas con todo esto tienen una muy rica y bien labrada iglesia y monasterio.

Vinieron en otra segunda embarcada otros seis, el año de treinta y cinco, cuyo prelado fue fray Nicolás de Agreda que era prior en su convento de Pamplona, y por venir a la conversión de infieles dejó el priorato. Los compañeros fueron, fray Gil del Peso, fray Agustín de Balmaseda, fray Pedro de Pamplona, fray Juan de Aguirre y fray Lucas de Pedroso. A estos padres halló en Sevilla (que ya venían para acá) el padre fray Francisco de la Cruz, que iba a España por más frailes, y así el año siguiente de treinta y seis trajo el dicho padre fray Francisco de la Cruz once religiosos escogidos, que fueron los terceros, cuyos nombres son, fray Gregorio de Salazar, fray Juan Bautista de Moya, que habían sido nombrados para venir con los primeros, fray Diego de San Martín, fray Juan de Alva, fray Antonio de Roa, fray Antonio de Aguilar, fray Diego de la Cruz, fray Pedro de Pareja, fray Juan de Sevilla, fray Agustín de Salamanca y fray Juan de San Martín. Entre los cuales dio muestras de entera perfección y santidad el segundo arriba nombrado, fray Juan Baptista, que está enterrado en Guayangareo, ciudad de la provincia de Mechuacan, donde ahora está la silla episcopal de aquel obispado, fraile humildísimo, pobrísimo, abstinentísimo y de grandísima caridad para con todos; y finalmente, procediendo por las demás virtudes que hacen a un hombre santo, se le pueden aplicar en grado superlativo, como los íbamos refiriendo respeto de otros que llamamos virtuosos. Esto dice así el padre fray Gerónimo de Mendieta, porque lo conoció y experimentó su santidad.

Juntamente con estos religiosos trajo fray Francisco de la Cruz, para leer artes y teología en este reino, al maestro, que después tomó el nombre de la Vera Cruz, que viniendo seglar a esta tierra tomó el hábito para novicio, en el puerto y ciudad de la Villa Rica, que por otro nombre llaman la Vera Cruz, y de allí le quedó el nombre de fray Alonso de la Vera Cruz; el cual por su mucho ejemplo de vida y ciencia en letras, ilustró y amplió su orden en estas provincias y reinos, y fue mucho tiempo lector de teología y catedrático de prima en esta universidad de Mexico, y provincial de su orden, y ofreciéndole el obispado de León y Nicaragua no los quiso acetar. Era hombre simple en malicias, y sabio en las cosas de virtud; y como tal, quiso permanecer en su simple y llana vocación, sin meterse en más cuidado.

En el año de treinta y nueve, fray Juan Estacio (viniendo por superior) trajo otros diez frailes en la cuarta barcada, y entre ellos a fray Diego de Vertavillo, gran religioso, que siendo provincial andaba a pie, visitando su provincia (que era bien extendida y de tierras muy fragosas) aunque a la verdad en aquella sazón y tiempo, ningún fraile de las tres órdenes andaba a caballo, sino compelido de manifiesta necesidad. Antes en aquellos tiempos (que fue en los principios de la conversión destos naturales) tuvieron ordenado estatuto estos padres, que por ningún tiempo los religiosos de su orden en esta tierra recibiesen rentas, ni de los que tomasen el hábito de su orden heredasen legítima, ni otra cosa, por vía de herencia. Y así vivie-

ron en mucha pobreza y penitencia, conformándose en todo las tres órdenes, como si todas tres fueran una sola; hasta que después la mudanza de los tiempos y experiencia de cosas les hizo mudar parecer.

Entre los religiosos de esta orden del sagrado doctor Augustino, en esta su provincia de Mexico, fueron dignos de memoria el venerable varón fray Juan de Medina Rincón, obispo que fue de Mechoacan, que todos conocimos por varón apostólico, y don fray Pedro Xuárez de Escobar, obispo de Jalisco, verdaderamente santos obispos entrambos. Y el maestro fray Juan Adriano, insigne predicador que con mucha aceptación sustentó el púlpito de Mexico todo el tiempo de su vida, habiendo sido dos veces provincial de su orden. Y entre otros muchos que hubo, tampoco es de olvidar el padre fray Esteban de Salazar, que después de haber predicado algunos años, con la misma aceptación y aplauso en esta Nueva España, se volvió a Castilla y tomó el hábito de la Cartuja. Anda impreso un libro suyo de mucha erudición, aunque en lengua vulgar y castellana, intitulado: *Discursos de la fe.*

En este capítulo advierto que no ha sido mi intención recopilar los frailes esenciales de la orden del glorioso doctor de la Iglesia, porque para esto era menester más tiempo y hacer libro de por sí; porque no se cifran en los reteridos, los muchos que ha habido y hay de su orden, sino que he traído estos pocos a la memoria para dar noticia de su fundación primera, que la hicieron casi todos los dichos. Fuéronse dilatando estos padres en muchas y muy buenas provincias y conventos, que comprenden buena parte de esto mexicano y toda la sierra de Metztitlan, que es tierra larga y muy poblada, y mucha parte del reino de Mechoacan; todo lo cual regía y gobernaba un solo provincial, pero por ser las tierras tan distantes y dilatadas se dividió esta provincia en dos, que fue en esta de Mexico y la de Mechoacan, quedándose esta de Mexico con el nombre antiguo que tenía, en la cual se incluyen la sierra alta, que llaman de Metztitlan y la baja, que también es su convecina. Son entrambas provincias muy buenas y de buen número de conventos. Son ricos de edificios y sumptuosos ornamentos.